

*Enrique Jardiel Poncela*

# El cadáver del señor García



## ACTO PRIMERO

*(Un saloncito amueblado y alhajado con un gusto sobrio y moderno. Al foro, una doble puerta que se abre en corredera. A la derecha, otra puerta más pequeña. A la izquierda, una tercera puerta. Entre ésta y la del foro, un diván turco. Teléfono —y guía telefónica— sobre un mueble.*

*Antes de levantarse el telón, y encendida la batería con luz azul, hay una larga pausa. En seguida, suena una detonación; otra breve pausa y se oyen dos detonaciones más casi simultáneas.*

*Entonces se levanta el telón pausadamente. La escena está a oscuras. Se oyen dentro rumores de varias personas que se acercan y voces de: ¿Qué ocurre? ¡Ha sido en casa! ¡Tiros! ¡Dios mío!, etc., todo ello muy confuso, lejano y mezclado. Estos rumores siguen creciendo y aproximándose, y las voces repiten: ¡En el saloncito! ¡Luz! ¡En el saloncito! La puerta del foro se descorre al fin y permite ver un forillo muy iluminado y un grupo de personas agolpado en el umbral. Alguien enciende la luz de la escena y entonces se ve al SEÑOR GARCÍA tumbado en el diván turco, de cara a la pared y*

*de espaldas al público, con el abrigo puesto y en actitud de dormido, desmayado o muerto. En el suelo hay un sombrero hongo y un paraguas. En la puerta, formando una masa aterrorizada y estupefacta están HORTENSIA, una mujer guapísima de unos treinta años; LAURA, la cocinera de la casa; RAMONA, la doncella; ABELARDO, un buen mozo de la edad de HORTENSIA; HIPO, un chico de veintitantos años, y SEBASTIÁN, ocho o nueve años mayor que todos. Hay una nueva pausa, durante la cual los seis miran al diván petrificados.)*

## EMPIEZA LA ACCIÓN

LAURA. ¡Jesús!

RAMONA. ¡Dios mío!

ABELARDO. Pero, ¿qué es esto?

RAMONA. (*Asustadísima.*) ¡Un muerto! ¡Ay, madre mía, un muerto! ¡Ay, que yo no había visto un muerto en la vida!

HORTENSIA. (*Abrazándose frenética a ABELARDO.*)  
¡¡Abelardo!!

RAMONA. ¡Ay, que en la vida había visto yo un muerto!

ABELARDO. (*A RAMONA.*) ¡Cállate, estúpida! ¿No ves que asustas a la señora?

HORTENSIA. ¡¡Abelardo!! ¡Abelardo, vámonos de casa!  
¡Vámonos de Madrid! ¡Vámonos de España! ¡Vámonos de Europa!

ABELARDO. Hortensia, por favor...

SEBASTIÁN. Hortensita...

ABELARDO. Laura... ¡Cójala! (*Le traspasa a HORTENSIA.*)

HORTENSIA. ¡Que me den algo! ¡Que me den algo!  
¡Que si no me dan algo, me va a dar algo!

ABELARDO. Laura..., cójala bien y procure que no la dé nada... ¡Que no la dé nada, por Dios!

LAURA. Señorito: ¿la doy algo?

SEBASTIÁN. Dice que no la dé nada. (*LAURA se lleva a HORTENSIA a un sillón.*)

RAMONA. ¡Ay, Virgen santa! ¡Ay, Virgen santa, que yo nunca había visto muerto a un muerto!

HIPO. Pero, ¿quién es este hombre? ¿Por dónde ha entrado?

RAMONA. (*Señalando la puerta de la derecha.*) ¡Por ahí, por el balcón de la sala! ¿No ve usted que está abierto?

HORTENSIA. ¡Ay!

RAMONA. ¡Lo habíamos dejado abierto para que se saliese el humo! ¡¡Ay!! (*Castañeando los dientes y como si desvariase.*) El balcón... El humo... El muerto... Los tiros...

HORTENSIA. ¡Abelardo! ¡¡Abelardo, no te acerques!!

RAMONA. Los tiros... El muerto... El humo... El balcón...

LAURA. ¡No se acerque, señorito Abelardo!

RAMONA. Nosotros... El balcón... El muerto... Los tiros...

SEBASTIÁN. Pero es necesario saber si está o no está... (*Avanza hacia el diván.*)

HORTENSIA. ¡No se acerque, Sebastián!

RAMONA. ¡Señorito Sebastián, por la Virgen!

ABELARDO. ¡Estate quieto, Sebastián!

HIPO. ¡Caramba! Pero algo hay que hacer...

HORTENSIA. La Policía... El Juzgado...

LAURA. Avisen ustedes al juez, señoritos.

ABELARDO. ¡Eso, sí!

HIPO. ¿Bajo a ponerle un continental?

SEBASTIÁN. ¿Un continental? ¿Pero se le llama al juez con un continental?

HIPO. ¿Cómo se les llama a los jueces?

ABELARDO. Por el apellido. Yo creo que por el apellido.

HORTENSIA. ¿Qué dices, Abelardo?

ABELARDO. No sé.

LAURA. Aquí ninguno dice lo que sabe.

ABELARDO. (*Rectificándola.*) Se dice se sabe lo que se dice.

HORTENSIA. ¿Qué dice?

SEBASTIÁN. No sabe.

HIPO. ¡Vamos! ¡Calma! Tengamos un poco de calma, por lo que más queráis... ¿Y si ese hombre es un herido grave? ¡No se le puede dejar morir esperando al juez!

ABELARDO. ¡Claro!

SEBASTIÁN. ¿Entonces?

ABELARDO. Hay que reconocerlo. Reconócelo tú, Hipo. ¿No eres médico?

HIPO. ¡Atiza! Pues es verdad... Ya no me acordaba de que soy médico. (*Va hacia el diván.*) Porque... yo soy médico, ¿verdad?

ABELARDO. Sí, sí; eres médico.

HIPO. Soy médico; lo reconozco. (*Inclinándose sobre el SEÑOR GARCÍA.*) ¡Pues no lo reconozco!

SEBASTIÁN. ¿Qué?

HIPO. Que es la primera vez que le veo.

HORTENSIA. (*Levantándose.*) Pero, ¿le ha visto?

ABELARDO. ¿Lo has visto?

LAURA. ¿Cómo es?

RAMONA. ¿Cómo es? (*Se agolpan todos a su alrededor.*)

HIPO. Es... Es... ¡Ya no me acuerdo de cómo es! (*Vuelve al diván y mira de nuevo.*) Es...

HORTENSIA. ¿Cómo?

LAURA. ¿Cómo?

HIPO. Es canoso.

LAURA. ¿Canoso?

HORTENSIA. ¡Dios mío, es canoso!

HIPO. Y con unos bigotes como el manillar de una bicicleta.

SEBASTIÁN. Pero, ¿está muerto o está herido?

HORTENSIA. ¿Cómo está?

HIPO. Está feísimo.

ABELARDO. Voy a ver yo.

HIPO. ¡No!, ¡¡no!! Que no se acerque nadie. ¿Y si se tratase de un crimen? No hay que tocarle; no hay que moverle, no hay que pisar alrededor, porque se borrarían las huellas...

HORTENSIA. ¡Virgen santísima, si fuera un crimen!

RAMONA. Un crimen... Las huellas... El muerto... Las huellas... Un crimen...

ABELARDO. ¿Quieres callarte?

HIPO. Yo solo... Me acercaré yo solo. (*Avanza de puntillas hacia el diván.*) Así... Con mucho cuidadito...  
Porque puede haber huellas...

SEBASTIÁN. ¿Hay huellas?

RAMONA. ¡Madre mía, que haya huellas!

HIPO. (*Examinando al SEÑOR GARCÍA en medio de la atención general y del silencio más impresionante.*)  
¡Hum!...

TODOS. ¿Qué? ¿Qué?

HIPO. ¡Hum! No me gusta nada...

RAMONA. Eso es que le ha visto los bigotes.

HIPO. ¡Chitss! ¡Silencio! A ver el corazón... (*Auscultando al SEÑOR GARCÍA.*) Nada... Absolutamente nada... Ni un latido.

ABELARDO. ¿Muerto?

HIPO. Muerto. (*Emoción.*)

HORTENSIA. ¡¡Oh!!

LAURA. ¡Muerto!

SEBASTIÁN. ¡Muerto!

RAMONA. (*Rezando apresuradamente.*) Padre cielos, que estás en los nuestros, nombrizado sea el tu santo, reinanos el tu vengo, y no nos dejes tentar...

ABELARDO. ¡Reza en voz baja! (*A HIPO.*) ¿Estás seguro de que está muerto?

HIPO. (*Arrogante.*) Abelardo: ¡soy médico!

ABELARDO. Pues por eso te digo si estás seguro, porque como los médicos os ilusionáis con cualquier cosita...



HIPO. ¡Muerto y bien muerto! No nos queda más que avisar al Juzgado por teléfono.

ABELARDO. ¡Por teléfono, es verdad! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? *(Se sienta ante el teléfono seguido de SEBASTIÁN.)*

HORTENSIA. *(Que ha vuelto a su sillón.)* ¡Laura! No puedo más...

LAURA. Vamos, señorita. Hay que tener valor.

HORTENSIA. Esta escena... Esta escena terrible después de la comida... Y ese hombre...

LAURA. ¡Espantoso! Yo siento una cosa aquí, en el estómago..., como si hubiera resucitado de pronto la langosta.

HORTENSIA. ¡Calla, calla! No hables de resurrecciones.

ABELARDO. *(Junto al teléfono.)* ¿Cuál será el número del Juzgado?

SEBASTIÁN. En la jota... Mira en la jota.

ABELARDO. *(Pasando hojas.)* Sí. Por aquí...

SEBASTIÁN. ¿Pero dónde estás buscando la jota?

ABELARDO. Al final.

SEBASTIÁN. Eso es en los organillos.

ABELARDO. Tienes razón... Ayúdame tú. Yo solo no puedo. Estoy nerviosísimo.

SEBASTIÁN. *(Pasando hojas.)* Efe, ge, hache... Jota, jota, jota... *(Siguiendo las columnas de nombres con el dedo.)* Ja. Ja. Ja.

ABELARDO. Ja. Ja. Ja. Ja.